

XV

RE
LA
TOS
C
RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 3

De tripas corazón

Gonzalo Calcedo Juanes

Vieron al señor Strauss vestido de mujer y huyeron campo a través. Lejos quedaron su atildado jardín y la inocente casita. Conforme perdían el resuello, las poses del señor Strauss frente al espejo del lavabo le convertían en un diablo malicioso. Hasta habían distinguido el arpón del rabo retorciéndose en el aire cargado de vaho. Lo peor era el vello de los brazos, la musculatura apergaminada, de viejo domador de circo.

El primero en detenerse fue Benjamín. Su corazón de doce años dijo basta y rodó por una arrulladora ladera; Axel aún corrió unos metros más. Era de los primeros en gimnasia y al pararse se llevó las manos a la cintura para recuperarse. No tenía voz.

Boca arriba, con los brazos en cruz, Benjamín veía pasar las nubes de junio. Galopantes, de un blanco encendido, se entintarían al atardecer con la tormenta. Apretó los párpados: el señor Strauss seguía ante el espejo, ajustándose con desgana los tirantes de un vestido que apretaba sus carnes. Se habían colado en su propiedad para dar de comer al mono, ignorantes de su secreto. La excentricidad del invisible primate se antojaba ridícula ante aquel descubrimiento.

Axel le dio un puntapié con gesto satisfecho.

–Levántate.

–¿Crees que nos habrá seguido?

–Con esos tacones seguro que no.

Rivalizaron por reírse más alto. El señor Strauss tenía fama de bohemio, de no pagar impuestos y conducir al margen de la ley, pero no de marica. El vocablo conjuntó sus voces:

–¡Marica, marica, marica!

Sin la censura adulta, Benjamín tomó carrerilla con los calificativos:

–¡Gilipollas, cretino, fulana...!

Axel despreció su tosca retórica exagerando su postura de atleta heleno.

–No dices más que tonterías.

Las risas se dispersaron hechas jirones.

–A lo mejor nos ha visto... –Benjamín retornó a la culpable inquietud.

–Es posible.

–¿Y qué podría hacernos?

–Degollarnos y merendarse nuestras tripas.

Aunque era una amenaza improbable, Benjamín recuperó los miedos recién arrinconados de la niñez; se puso pálido, un temblor recorrió sus piernas.

–Tengo un calambre.

Axel era unos meses mayor y ya destacaba. Su familia vivía en la zona alta del barrio. Iban a la misma clase. El próximo curso volverían a sentarse juntos y rivalizarían por una mirada de la hiriente Genoveva Miller, la beldad rubia del aula. Según Axel, puro almíbar bajo una piel tersa, con un suave exceso de vello rubio. Axel sacaba excelentes notas y se mofaba del mundo. Benjamín había suspendido tres asignaturas y se vería las caras con el tribunal de profesores en septiembre. Era incapaz de analizar una oración sin

enredarse en fantasías argumentales, aunque había logrado defenderse con las matemáticas.

Se había apoyado en los codos y tenía briznas en el pelo. No vio a su amigo.

–Axel, ¿dónde te has metido? ¡Axel!

Los árboles más cercanos formaban un bosquecillo. Supuso que se había escondido para regodearse en su temor. El vaivén de unos matorrales le delataba. Se sacó las deportivas para vaciarlas de piedrecillas entre exagerados bostezos de aburrimiento; le llevó un rato anudarse los cordones, procurando que los extremos midiesen igual. Puesto en pie se rascó la nuca. Mientras caminaba en dirección opuesta miró de reojo hacia los arbustos.

–¿No te da vergüenza jugar todavía al escondite? –ahuecó la voz.

Pero al escuchar un gruñido de ultratumba, toda su audacia se resquebrajó.

–Deja de hacer el idiota, Axel.

El gruñido se trocó en risotada.

–Te has cagado encima.

Su amigo surgió envuelto en tierra. Se había encogido como un ovillo en el lecho de un regato seco, entre gatos muertos y manzanas podridas.

–Mentira.

Axel semejaba un espectro de arcilla. Se sacudió la ropa y el polvo le envolvió con una luz parda.

–Mírate los pantalones –dijo entre manotazos.

Y el hecho de que Benjamín obedeciese y bajara la mirada hacia su entrepierna, fue suficiente para su ego.

–Has picado, idiota.

La casa de los Cox tenía un pintoresco anejo de madera, fuente de disputas. Para la madre de Benjamín desmerecía a pesar de las cristaleras y el exagerado

alero tirolés; su hermana también lo aborrecía, considerándolo un tosco capricho de Boy Scout. El padre de Benjamín, su noble arquitecto, lijaba la madera anualmente para rehacer los nacarados barnices. Un ritual de primavera que para Benjamín significaba el comienzo del buen tiempo. Tal vez no fuese la mejor casa de la zona, pero él creía en sus bondades y odiaba a su hermana Roberta porque se negaba a invitar a sus novios por vergüenza. Ella le sacaba cinco crueles años. Llamaba parásito a Benjamín, mientras mantenía interminables conversaciones telefónicas con sus provocadoras amigas. Para Benjamín se le había ido la cabeza. Planeaba ir a la universidad y perder de vista aquel tugurio. Trabajaría en lo que fuese necesario para costearse los estudios. Aquel “en lo que fuese necesario” aturdió a su madre: camarera, limpiadora, costurera... La lista de empleos indignos empañaba las tardes de verano con su melancolía.

El señor Cox, sin embargo, consideraba tanto desaire una muestra de carácter y entusiasmo mercantil: sus negocios fracasados podían ser reflotados por su heredera. La señora Cox, en cambio, solía estar compungida. Su tristeza era un lastre para Benjamín, que influenciado por Axel elucubraba acerca de enfermedades terribles. El cáncer la primera de ellas. Tanto que en una ocasión había tironeado con disimulo del pelo de su madre para cerciorarse de que no era una peluca.

—Deja de despeinarme, Benjamín —se había quejado ella aquel día.

Hoy el cabeza de familia no había comido en casa, debido a unas prolijas gestiones que podían salvar la temporada, y Benjamín solo sintió una parte del

abatimiento habitual. La puerta principal estaba abierta y entró cabizbajo.

—¿Benjamín? ¿Benjamín, eres tú? ¿Qué tal el paseo?

La voz de su madre provenía del salón de la casa. Allí los muebles eran como confesionarios. Los anodinos cuadros ocupaban los huecos de las paredes.

—¿Benjamín?

La doble puerta con cristales color miel estaba entornada; había una visita. Benjamín pensó en la señora Dimagio, aficionada al té a cualquier hora. Permanecía en el descansillo preguntándose qué hacer: una carrera escaleras arriba le salvaría de momento; volver sobre sus pasos le humillaría. Empezó a subir.

—Benjamín, haz el favor de entrar... No suele ser un chico desobediente —añadió la señora Cox con exceso de educación.

Benjamín hizo memoria. Un espacio oscuro y humeante fue decantándose en su mente, un pequeño infierno que envolvía las palabras de su padre recordándole que sus notas finales no habían sido gran cosa.

Bajó los escalones uno a uno, como un condenado a muerte. Ya olía la cera de los muebles y hollaba la alfombra de las grandes ocasiones: aquel ciervo asaetado por cazadores con ballesta.

—Benjamín, ¿a qué esperas? El señor Strauss lleva horas esperándote.

Benjamín se tapo la boca con la mano; el desquiciado corazón quería salirse del pecho. Fue hasta la puerta, se asomó. Sentado en una esquina del sofá (su madre ocupaba la otra con las huesudas rodillas muy juntas), el señor Strauss le dedicó una apagada sonrisa. Posó la taza en el platillo murmurando:

–Así que tú eres Benjamín.

–El señor Strauss te dará clases particulares este verano, Benjamín. Creo que al final hemos dado con la persona adecuada. Quizás... quizás obre el milagro de... –la señora Cox no terminó la frase–. ¿Qué te ocurre, cariño?

–Nada –dijo Benjamín.

–Tu madre me ha dicho que lees muchos libros –terció el señor Cox.

–Dile cuantos, Benjamín.

–Algunos.

–¿Dos o tres? –el recién llegado no sabía qué hacer con aquella taza de juguete.

–No lo sé. No los he contado.

–Deben de ser cientos, ¿verdad, cielo?

–Esos son muchos libros, señora Cox.

–La verdad, no me explico cómo leyendo tanto saca unas notas tan malas.

–Suele ocurrir –admitió el señor Strauss benévolo.

Al saber Axel que el señor Strauss daría clase a Benjamín, su lengua se disparó. Tachó al profesor de sádico y caníbal. La maledicencia corrió por los sumideros hasta llegar al hogar de los Cox. Fue mal recibida. Axel era una pésima influencia para Benjamín. Debía buscarse otros amigos. Benjamín se opuso blandamente. Cada día asistía a las clases de su verdugo inane. Su madre llegó a pensar que estaba enfermo, pero el doctor Hollander le auscultó sin detectar otro mal que los propios de la edad; centímetro arriba, centímetro abajo, crecía con normalidad. Roberta, en cambio, insistió en que estaba majara y olía a rata.

El señor Strauss, misterios aparte, no era tan severo como Benjamín había supuesto. En cuanto cerraba las puertas del salón se establecía un bucólico pacto entre ellos. Curiosamente, fue bajo su callada tutela cuando Benjamín tuvo la sensación de asistir al inesperado derrumbamiento de cuanto conocía. Sucedió sin más aviso que una retahíla de tontas discusiones familiares: su hermana se marchó de casa una mañana con los zapatos en la mano, a causa de una factura de teléfono, y su padre fue requerido por un juzgado.

Un Axel malintencionado, capaz de trepar a su dormitorio por el manzano de la finca, le explicó a Benjamín que la presencia del marica se debía a los favores de su madre. Benjamín no entendía nada. Tumbado en la cama, Axel ensayaba poses con un cigarrillo recién encendido en los labios.

—Quizás el señor Strauss no sea tan marica como pensamos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu madre se acuesta con él.

Benjamín enmudeció. Había un olor dulzón, corrompido, en el cuarto. Faltaba el aire y abrió la ventana para dispersar el humo.

—No es verdad —replicó.

—Yo diría que sí.

—Es un marica.

—Es un vicioso.

Era un miércoles por la mañana, muy temprano. La madre de Benjamín aún estaba acostada. Tomaba pastillas para conciliar el sueño y solía despertarse muy tarde, con el señor Strauss ya en casa.

—Y dicen que lleva navaja.

—Es para afilar los lápices.

—Te está adoctrinando. Como al mono.

- El mono se escapó. Me lo dijo. Hace años.
- Seguro que hasta ya sabes latín.
- Un poco.
- ¿Y esos libros? Me dan mareos solo de verlos.
- Me los ha dado él.

Axel cogió uno al azar. Dick Turpin y sus hazañas. Qué tontería. Pasó las páginas con desprecio y el humo se alborotó delante de su cara.

- Majaderías.
- Déjalo en su sitio.

Aquel conato de rebelión arqueó las cejas de Axel.

- No creo que me ganes en una pelea, ¿sabes?
- No quiero pelear.

Axel sonrió con suficiencia. Volvió a tumbarse boca arriba, con las manos bajo la nuca y el cigarrillo en los labios. Mencionó el poco tiempo que faltaba para empezar el curso. Después preguntó:

- ¿Todavía no ha vuelto la lista de tu hermana?
- Está en casa de su tía.
- Ah, esa chiflada.
- La tía Ágata no está loca.
- Vive en un vagón, ¿no?

–Su marido era ferroviario y vive en una antigua estación.

–Era bonito lo del vagón... ¿Crees que le gusto a tu hermana?

- Roberta es una vieja.

Axel consideró que por una vez su amigo tenía razón: Roberta era una anciana. Mencionó a la rubia Genoveva Miller y se rieron. Su engreimiento equivalía a un cursi centro de flores. Se escuchó el timbre abajo.

- Es el señor Strauss. Tienes que irte.
- Cuando me dé la gana.

Benjamín no insistió. Salió del cuarto nervioso y bajó las escaleras. Cargado de libros, el señor Strauss parecía un vendedor a domicilio.

–Tendrás que buscar un sitio donde dejarlos
–resopló feliz.

–¿Más libros?

–Y habrá muchos más. Tienes toda una vida para leerlos.

Plácidamente, la biblioteca del señor Strauss fue mudando de hogar aquel verano. A mediados de agosto, con la brusca amenaza de septiembre al fondo, las atestadas cajas ocupaban el garaje que había dejado libre el coche familiar. Tras sacudirse de encima a los picapleitos, el padre de Benjamín había iniciado una gira comercial relacionada con un proyecto de granjas avícolas. Por teléfono hablaba de pollos y gallinas con cifras planetarias. Las nubes de plumas cubrían el cielo. Le habían visto en compañía de diferentes mujeres (a buen seguro futuras granjeras), pero la madre de Benjamín desoía los rumores. Formaban parte del estío, de las copas aguadas con hielo y la desgana del calor. Qué era un verano sin habladurías, sin una cena regalada a las hormigas o una piscina con olor a ginebra. Que el señor Strauss se quedara a comer tampoco extrañó a Benjamín: lo consideró una prolongación de sus clases, ya que los exámenes copaban el horizonte.

El señor Strauss resultaba ingenioso. Hablaba en verso, recitaba a los clásicos. Tenía una frase para cada ocasión. Feliz, Benjamín había llegado a pensar que una mano divina había extirpado de su familia los seres incómodos: su excéntrica hermana y su soñador padre. Sin ellos la casa estaba en paz. Madre, hijo y profesor

constituían otra familia más interesante. Tal vez los vecinos desconfiasen de aquella fraternidad, pero Benjamín estaba encantado. Hasta Axel había dejado de visitarle a causa de unos días de vacaciones en el lago Pormenor. Desde allí le había enviado una tarjeta postal plagada de advertencias acerca de su histriónico tutor. De marica a criminal y a conspirador mundial. Debía andarse con cuidado.

Benjamín la leyó con reserva, desechando sus malos augurios. Cuando acabó de diseccionar sus maliciosos párrafos, no sintió amenaza alguna. Eran fruto de la envidia de Axel. Sus pulgares emborronaron la tinta y la postal, con el lago al fondo, quedó relegada al papel de marcapáginas del libro que estaba leyendo: una versión acortada pero aceptable, según el profesor, de *Moby Dick*.

Sin mar, las hazañas balleneras tornaron nostálgico a Benjamín. Soñaba con no examinarse, aunque bordaba sus análisis sintácticos y era capaz de resumir un texto sin vaguedades. El profesor bendecía sus ejercicios. Los días eran aún largos. Refrescaba por las noches y a primera hora el rocío enlucía los tejados. Una de esas mañanas, como culminando un ciclo natural, Benjamín se topó con el profesor Strauss en la cocina. Estaba en calzoncillo y camiseta de tirantes. Despeinado, parecía una parodia somnolienta del forzudo de circo. Benjamín saludó. Que hubiese pasado la noche en casa le aturdió. Axel tenía razón de repente en todas sus suposiciones.

—Benjamín, cariño... —apareció su madre—, ¿has dado los buenos días a...?

—Ha sido un buenos días muy tímido —le defendió el profesor.

–Y eso que le está cambiando la voz.

–Podrás declamar bien, Benjamín. La gente te escuchará.

En ese momento, amargado y cautivo, Benjamín afirmó que declamar era de maricas. Se produjo un silencio extraño: la cuchara del profesor tintineó en la taza, su madre se volvió con pereza. Benjamín tenía la mirada clavada en las absurdas margaritas del mantel de plástico. Se las apañó para preguntar:

–¿Dónde está papá? ¿Y dónde se ha metido Roberta?

–Papá está de viaje, Benjamín. Lo sabes bien. Y tu hermana de visita.

El silencio posterior se adensó: un mármol negro impenetrable.

–Déjanos solos, por favor –dijo ella al profesor.

–De acuerdo. Iré a hacer mis ejercicios. Me molesta algo el cuello.

–Me has obligado a ser grosera, Benjamín. Pero supongo que te debo una explicación.

Benjamín se tapó los oídos con las manos, negándose a escuchar.

–Han ocurrido cosas, no voy a negarlo.

Las flores del estampado se mezclaban unas con otras, el mantel una gran acuarela deshaciéndose. Estaba mareado. Algo le había sentado mal al estómago.

–Benjamín, ¿me estás escuchando?

Sacudió la cabeza de lado a lado.

–El señor Strauss es un buen hombre y hace todo esto por ti. Te adora, Benjamín.

–Es un marica.

–No, por Dios. No lo es –ella se rió–. ¿Por qué dices eso, Benjamín?

–Come ratones.

La risa de su madre le conmocionó aún más.

–Qué tonterías estás diciendo, Benjamín.

–Axel dice que mató a un hombre en otra ciudad.

–Tu amigo Axel, acabáramos.

Llamaron a la puerta y se giró nerviosa. El señor Strauss, ya vestido, se asomó para anunciar la clase.

–Benjamín va enseguida. Benjamín, hazlo por mí. Confiamos en ti.

–¿Cuándo va a volver papá?

–Pronto.

–¿Y Roberta?

–También.

–Mentira –insistió Benjamín, obcecado.

–Podría castigarte, Benjamín, pero no voy a hacerlo. Tu hermana –suspiró apaciguada–, volverá cuando se aburra. Al acabar el verano. Pretende ir a la universidad. La veremos menos. Espero que allí madure. En cuanto a tu padre... –rebuscó entre los cubiertos del cajón y extrajo un crujiente paquete de cigarrillos. Se puso uno en los labios. Tras encenderlo pareció sofisticada, diferente–. ¿Te sorprende, Benjamín? También me tomo medio whisky de vez en cuando. Tengo derecho a vivir.

Él asintió dolorosamente.

–Vete a clase, cariño. Hablaremos más otro día.

En vísperas de los exámenes, Benjamín recibió una zigzagueante llamada de su padre: estaba al borde de consolidar otro negocio. A Benjamín le temblaba la voz. Bajo la tormenta, la línea telefónica chisporroteaba; la electricidad estática era un gran exorcismo sobre tejados y jardines. Ni su madre ni el profesor Strauss estaban en casa y cuando su padre le preguntó por ella, se defendió con respuestas absurdas.

–¿Has dicho que está en el jardín?

–Regando.

–Pero si es casi de noche.

–Riega por las noches.

–Sí, claro. ¿Y tus clases? Habrás aprovechado el tiempo, supongo.

Seguro de estar traicionándole, Benjamín respondió que sí.

–No esperaba otra cosa de ti, hijo mío.

Tenía la sensación de estar charlando con su padre muchos años después de que todo aquello hubiese sucedido.

–Lamento no estar en casa estos días, Benjamín. Pero sé que lo harás bien.

Benjamín asintió entre hipidos.

–No te oigo bien, Benjamín.

–¡Estoy aquí! –gritó imponiéndose a la tormenta.

–Oh, estupendo. Pero no grites tanto.

–¡Papá!

–Debe ser la línea. Ya te llamaré mañana...

En ese momento Benjamín comprendió que su padre no estaba solo: daba explicaciones a alguien entre cuchicheos. Se escuchó una voz femenina al fondo (otra pasajera de la noche, pensó imbuido de literatura), mientras su padre decía:

–Le falta corazón. Yo no era así de pequeño.

Benjamín colgó. La vida le resultaba inhóspita, incomprensible. Un paisaje sacudido como una alfombra. Nada estaba en su sitio. Fue a su cuarto y se tendió vestido sobre la cama. Algo golpeó el cristal y dio un respingo. Axel, pensó, pero debió ser un pájaro enloquecido. Llovía con ganas. Las gotas arremetían contra el cristal y su fragor retumbaba en la casa. Los torrentes se adueñaban del tejado desbordando los

canalones. Las ardillas temblaban de miedo, los gatos visitaban el infierno y su madre y el señor Strauss cenaban juntos en Martino's, sin que pareciese tener mucha importancia que alguien les sorprendiese. Presentía la fatalidad de todo aquello.

En la penumbra, los libros apilados sobre la mesilla formaban una irregular pagoda. Los relámpagos iluminaban sus lomos: *La máquina del tiempo*, *Ivanhoe*, *El muerto vivo*... Había llegado a leer alguno en un solo día. Se sintió acompañado. No quería recordar a su madre saliendo arreglada de casa. No había hecho otra cosa en todo el día que parlotear acerca de lo mucho que le gustaba la comida italiana. Benjamín llegó incluso a añorar a Roberta. Ella le hubiera abrazado. Habría hecho de tripas corazón para confortarle.

La tormenta comenzó a alejarse, la lluvia un manso goteo que parecía un puro olvido. Arrumbados, truenos y centellas festoneaban las colinas. Asomado de nuevo a la ventana, Benjamín respiró los renovados aromas. El miedo buscaba otras mentes. Hacía llorar a otros niños y mantenía a sus padres cautivos de los cabeceros de las camas. Algunos perros aullaban.

Una polilla de la luz se coló en la habitación tentada por la lamparilla de la mesilla. Benjamín siguió su torpe vuelo. Aquel verano había visto pocas luciérnagas. El desdichado insecto acaparó todo su candor.

Más tarde, sin embargo, la mataría con su zapatilla. Acababa de jurarse a sí mismo que respondería con todas las insensateces del mundo a las preguntas de los exámenes y que le expulsarían del colegio. Eso le tranquilizó.

Con la malhechora zapatilla en la mano se quedó mirando la fea huella que había dejado el insecto en la pared. Apagó la luz y volvió a la cama.

Los profesores corrigieron con asombro sus incongruentes bravatas firmadas como John Silver “el Largo” y no tuvieron clemencia. Suspendió. La carta del consejo escolar desarboló a su madre. No encontraba explicación a lo sucedido. Benjamín permitió con su ensimismamiento que su madre dudase del profesor Strauss; tal vez no fuese la persona indicada. De repente el verano había quedado atrás. Podía palpase en la atmósfera, en las tardes coaguladas y las frescas mañanas.

La tarde en la que al entrar en su cuarto, Benjamín descubrió al señor Strauss sentado a los pies de su cama con un libro en la mano, la lástima tuvo para él un primer significado adulto. El veterano profesor dejó de leer con una sonrisa de súplica.

—Al menos seguro que fuiste ingenioso con tus disparates.

—Creo... creo que sí.

—La imaginación siempre es saludable.

—Me inventé cosas. Lo que me dio la gana. No contesté a las preguntas.

—¿Sabías las respuestas?

—Algunas. Bueno, sí, todas.

—Así me gusta. Un buen comediante. Yo también lo he sido. Ah, el teatro, la maldad, el amor. Disfrazarse, burlarse, herir al tiempo...

Recordaba pasajes favoritos, pero estaba alicaído y pronto Benjamín comprendió el motivo. No era el resultado de sus exámenes ni la mujer con la que había compartido algunas noches. Tampoco las habladurías. Al pasar las páginas del libro al azar, sencillamente se había tropezado con la malévola postal de Axel.

—Prométeme que lo terminarás —dijo de todos modos, ignorando su contenido.

Benjamín asintió entrecortado.

–Perfecto. En ese caso... –el señor Strauss se puso en pie para despedirse.

Oyeron un ruido en el pasillo. La madre de Benjamín, pálida y descalza, brotó de un sueño de hadas.

–¿No te quedas a cenar? –parecía sorprendida.

–Tengo que irme. Tal vez Benjamín no tenga la culpa de nada. Cúdale.

Puesto en pie era enorme. Su presencia dominaba el cuarto y pronto, dedujo Benjamín, su ausencia sería un gran pesar. Echarse en brazos de aquel adulto fue un deseo extraño, cohibido. Abrazó en cambio a su madre.

–Benjamín...

Ya estaban solos. El intruso abandonaba sus vidas como un suspiro y se alejaba camino del destierro. Se había deshecho de sus libros y en breve abandonaría lo demás.

Se sentaron juntos sobre la cama. Olía todavía al profesor.

–Abre la ventana, Benjamín, que entre el fresco.

La lluvia de las tormentas había marchitado algunas hojas y fue su olor el que impregnó la habitación.

Tras la derrota, Axel le dio su palabra de que haría lo imposible por ayudarle. Se sumaría a la lista de despojos del pasillo: repetidores, raros, hijos de divorciados, pobres de solemnidad y desdentados. Compartirían arrestos en la sala de estudios, reprimendas en los militares retretes. Saquearían taquillas, quemarían libros.

–Aunque puede que eso no te guste, ¿verdad, Benjamín?

Benjamín pasó por alto el asomo de ironía. Axel hablaba ahora de Genoveva Miller: había engordado tanto aquel verano que tenía doble barbilla. Ya no era su reina. De todos modos, reconoció, él ya no era un buen candidato.

—Mis padres están arruinados. Mi madre se ha pasado llorando la última semana. Su tarjeta de crédito no sirve. Y nos han embargado uno de los coches. Mi padre quiere que mi hermano se ponga a trabajar. Luego me tocará a mí. ¿No es estupendo?

—Sí...

—¿Sí? ¿Solo sí? Es... es grandioso —se explayó acomodándose como un patricio romano—. Eh, ¿aún no has tirado todos esos libros? No hay donde sentarse.

Los apartó a manotazos y varios cayeron como torpes pájaros. Benjamín se puso a recogerlos.

—No seas tan ordenado. ¿Tu madre sigue fumando a escondidas?

—Supongo.

—Pues yo me he quedado sin tabaco.

—Ya.

—No me dan la paga.

Benjamín guardó silencio: él tampoco tenía paga.

—¿Estás pasmado o qué? ¿Dónde guarda el tabaco?

No había nadie en la casa. Era septiembre y las aguas volverían a su cauce. Debajo quedaría el cieno del verano. Miró a su amigo. Axel había crecido; él no. Los acontecimientos eran plomo sobre sus escurridos hombros. Falta de deporte, decían todos. Ponte derecho, Benjamín. Siéntate bien...

—Chívate, Benjamín. A tu madre no va a importarle que agotemos sus reservas.

—Están en el cajón de los cubiertos.

–¿Y a qué esperas para ir a buscarlos?

–No me apetece.

–Si quieres que seamos siendo amigos tienes que hacerme favores –dijo Axel, ególatra, y Benjamín salió del cuarto.

Bajó los escalones con sigilo, por si hubiese vuelto su madre. Al llegar al último descansillo, observó la luz que entraba por la ventana lateral. Tenía la tonalidad del ocaso. Escuchó el motor de un coche; Axel presumía de adivinar los modelos por el sonido y él fantaseó para estar a la altura: Jaguar, BMW, tal vez un Aston Martin. Descendió hasta la moqueta observando que no estaba tan limpia como antes. Fue directamente a la cocina.

Su padre apartó la mirada de la maleta posada junto a la mesa dándole un susto.

–Benjamín.

–Papá...

Las voces colisionaron en el aire como notas musicales. El adulto se había servido un refresco de piña y casi lo había terminado; la mano permanecía cerca del vaso, sobre el hule. Benjamín refrenó el impulso de abrazarle. El padre de Benjamín forzó una sonrisa.

–Tu madre me contó que no te fue bien en los exámenes. No te preocupes. Tampoco yo fui un buen estudiante. Todo se arreglará. Ya lo verás.

Miró en derredor.

–La casa está muy tranquila, ¿no?

Benjamín se preguntó si sospecharía algo. Su padre respiró despacio; el aire se perdía en los recovecos de sus pulmones. Tosió, se dio una palmadita en el pecho.

–Debo haberme resfriado. En fin. Estoy un poco cansado. Ha sido un viaje muy largo. Quizás... quizás para nada. Los negocios no siempre acaban como uno ha planeado, Benjamín.

Observó a su hijo de arriba abajo, con mirada científica. Su gesto reverdecía.

—Eh, has crecido mucho. Un montón.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí! Ven, dame un abrazo.

Su padre le despeinó. Le dijo que había estado con Roberta y que ella le echaba muchísimo de menos.

—Siente no poder estar incordiándote todo el tiempo, pero está muy atareada. Dios mío, hasta tiene un trabajo por horas.

—¿Un trabajo por horas? ¿Qué clase de trabajo?

Sentado en las rodillas de su padre, Benjamín era un niño enorme.

—No vas a creértelo. Cuidar niños.

—¿Y lo sabe mamá?

—Precisamente ella es la que resuelve todas sus dudas con los pañales y las escoceduras. ¿No te lo ha dicho?

—Tengo que... —quería contarle a Axel que todo volvía a ser como al principio, pero se quedó parado en medio de la cocina: Axel le escucharía más tranquilo si podía fumar.

Su padre terminó el zumo.

—Voy a acostarme un rato —dijo.

—Vale.

Ya solo, Benjamín abrió el cajón y rebuscó entre los cubiertos. Los cigarrillos habían desaparecido.

Tardó en subir al cuarto, lamentando tener que decepcionar a su amigo.

—Axel, mi padre ha... —su entusiasmo se precipitó por la ventana abierta de par en par: Axel se había ido.

Benjamín se asomó por si su amigo aún estaba descolgándose por el manzano. Los claroscuros del jardín anunciaban el crepúsculo. Oyó voces en otros

jardines. El verano decía adiós. Se había agotado su carga de cenas y mansos rumores. Pronto los suicidas columpios se mecerían vacíos con las tempestades de octubre. Cerró la ventana sellando lo que sentía.

Le llevó algún tiempo ordenar sus libros. Primero lo intentó alfabéticamente, seguido por tamaños. Finalmente se conformó con que los lomos estuviesen alineados. Dejó para el final el que sostenía el profesor el último día: un abarquillado ejemplar de *La flecha negra*. La mezuquina instantánea del lago Pormenor continuaba en su seno, ocultando sus absurdas teorías sobre el crimen y la depravación. La fue desmenuzando meticulosamente.

Tenía los papelitos apretados en el puño cuando oyó fuera los comedidos pasos de su madre. La maleta de la cocina, supuso, le explicaría quién estaba de vuelta. Benjamín temió escuchar gritos en el dormitorio principal. No fue así. Pasado un rato, ella entró en su cuarto con un dedo en los labios.

—Tu padre está muy cansado después del viaje. Se ha quedado dormido.

Benjamín asintió.

—He tenido que teparle con una manta. Tenía un calcetín roto. Pobre hombre.

No parecía referirse a un marido, sino a un transeúnte, alguien a quien se aloja por caridad. Benjamín se estremeció.

—Vaya, veo que por fin has ordenado esto un poco. ¿No vas a darme un beso?

Saltó de la cama y besó su mejilla.

—¿Va a quedarse? —se atrevió a preguntar.

—¿Quién, cariño?

—Papá.

–Ah, tu padre. Por supuesto. Voy a preparar la cena –se volvió en la puerta–. No le cuentes nada, por favor. Todo ha sido una tontería.

La cabeza de Benjamín subió y bajó.

Ya de noche, abrió la ventana de su cuarto. Olía a césped recién segado. Vio luz en algunas viviendas y le alegró pensar que las personas asomadas a otras ventanas también verían iluminada la suya. Su hogar, después de todo. Alargó la mano sobre el vacío. Separó los dedos muy despacio y el confeti de papel revoloteó a la luz del farol en busca de la húmeda oscuridad.